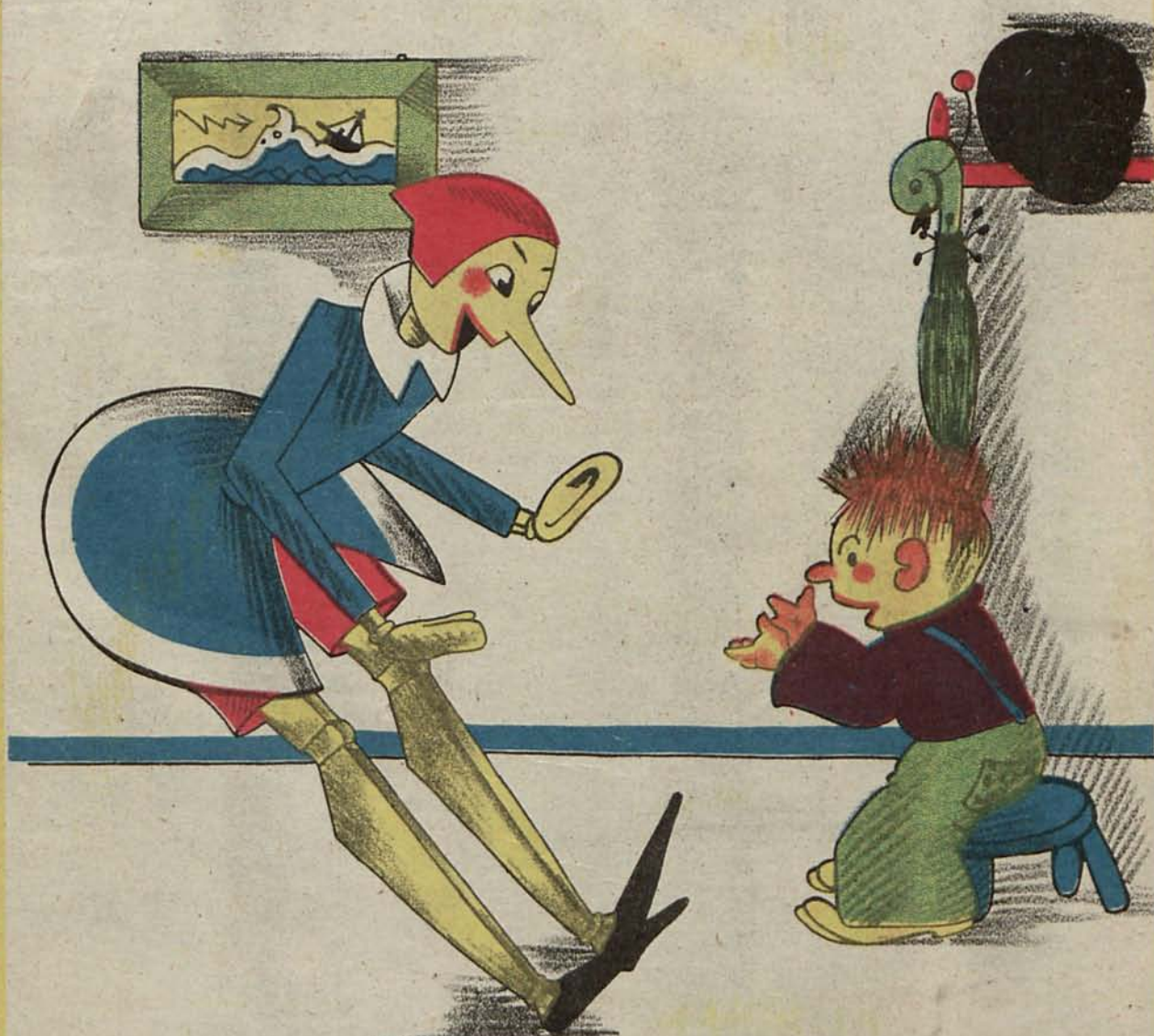


PINOCHO

AÑO. V
NUM. 223

25 cts

26 MAYO
1929



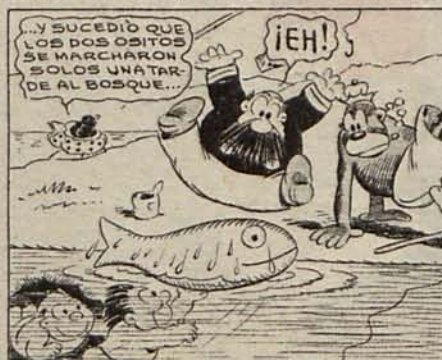
-VAMOS A VER SI SABES HISTORIA. ¿QUÈ OCURRIÒ A LA MUERTE DE CARLOS V ?
-PUES QUE LE HICIERON UN ENTIERRO DE PRIMERA .

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR C. GIOVANELLA Y A. N. BARBIERI

(Continuación)

los hombros soportaba, a guisa de morral, un voluminoso saco de viaje, y en la diestra empuñaba un bastón de hierro. Parecía tener que ir a pie hasta la Ciudad del Cabo, escalando de paso todas las montañas del globo.

Yo llevaba conmigo dos maletas, una sombrerera, una caja, un abrigo, la cámara fotográfica, el bastón y un parasol. Sobre un traje de mañana, me cubría un guarda-polvos de tela, y en la cabeza un gorra común de viaje. Acababa de salir del despacho de equipajes donde había dejado todos mis efectos, y al paso que me acercaba a los amigos, iba guardando en la cartera los billetes de mi expedición.

—Vosotros, los italianos — observó James riendo — cuando emprendéis un viaje parece que partís para la eternidad; lleváis encima toda la casa...

—¿Te acuerdas cómo llamaban a los bagajes vuestros antiguos romanos? — me preguntó Ralph.

—No, no sé; lo he olvidado.

—Los llamaban, y con mucha razón, la *impedimenta*; es la palabra que expresa la idea con precisión y evidencia. El viajero ideal no debe llevar consigo más que muchos billetes de Banco en la cartera y un buen revólver en el bolsillo. Apostaría a que tú ni siquiera vas armado...

—Naturalmente. ¿Para qué? No me dirijo a regiones remotas ni peligrosas, como vosotros. Ni en Nápoles ni en el Cairo me encontraré entre bárbaros ni salvajes, me parece.

—Cierto que no; pero no debes echar en olvido que D'Alimand, en pleno París, ha estado

a dos dedos de que le mataran, y que tú mismo le has recomendado que se arme. Sigue mi consejo: en la primera ocasión, cómprate un buen revólver americano.

—Lo haré, pero no en Francia, Viviendo en París me he hecho un poco fanfarrón yo también. Me compraré uno en cuanto hayamos llegado a Italia.

—Bueno. Y tus equipajes, ó mejor dicho tu impedimenta, déjala en Nápoles. La recogerás a la vuelta.

En aquel instante, la voz gangosa y arrastrada de siempre, gritó bajo la gran techumbre acristalada:

—*Pour Dijon, Macon, Culoz, Chambéry, Modane et l'Italie, en voiture, Messieurs, s'il vous plaît.* (1)

Con no poco trabajo pudimos encontrar sitio en uno de los grandes vagones del expreso de Brindisi. Ya estaba repleto de turistas ingleses y americanos que se dirigían a Italia y se amontonaban en los asientos y los pasillos, llenando el angosto espacio con un fuerte murmullo femenino, que me hizo pensar en mis horas de ocios musicales consumidas ante las jaulas de los pájaros en el Jardín de Plantas.

El viaje fué largo, pero no muy aburrido. Algunas horas de sueño y una interminable partida de *bridge* nos ayudaron a engañar el tiempo; y, por otra parte, sólo con dedicarse a observar los tipos heterogéneos de los viajeros que al lado nuestro y enfrente se mostraban, había bastante para espantarle el sueño a un tejón y el fastidio a un condenado al ocio de por vida, y para mover a hilaridad a un poeta decadente. Pero a pesar de todo, como ya he dicho, pudimos dormir desde Macon casi hasta la frontera.

Cuando, pasado el Cenisio, oí gritar a lo largo

(1) Sres. viajeros para Dijon, Macon, Culoz, Chambéry, Modane e Italia; al tren.

de los coches el nombre de la primera estación italiana, Bardonecchia, no supe ya apartar los ojos del cuadrado de la ventanilla. Servía de marco a un verde paisaje montuoso, que tenía para mí un aspecto más familiar y más querido, el aspecto de la patria, de mi Italia, sobre la que me parecía extenderse el cielo más azul y resplandecer el sol más caliente y luminoso. Y prestaba oído a las voces que en la estación y a lo largo de los negros andenes al filo de los cuales se detenía el tren, modulaban las palabras de mi lengua materna que desde hacía tanto tiempo no escuchaba, desgranando su grata musicalidad en las bocas de una población entera.

Y cuando reanudamos la marcha, no me cansé de admirar los variados panoramas, los bellos montes coronados de nieve y de sol, los verdes valles donde hervían aguas cándidas e impetuosas, las planicies sin término, los campos sin linderos, los vastos ríos, y el desfile de los paisajes encaramados a lomos de las montañas, difuminados en el fondo de los valles o yacentes en el movable espejo de las aguas fugitivas. Y durante los altos que el tren hacía en las estaciones de importancia, escuchaba los múltiples dialectos que a cada detención se sucedían, y en cada uno de ellos parecíame oír el eco de una voz amiga o la voz de un recuerdo adormecido: primero, el piamontés, áspero y vivo, después el rudo y ágil lombardo, más tarde el emiliano muelle y cadencioso; y hubiera querido cambiar unas palabras con todos aquellos desconocidos que tan intenso y profundo goce me proporcionaban.

Ralph y Fritz afectaron reírse un poco de mi sentimentalismo y mi entusiasmo; pero en el fondo conocían también ese sutil y lacerante mal de la nostalgia, y cada visita al patrio lar debía de haber suscitado en sus corazones los mismos sentimientos que ahora exteriorizaba yo con tan pueril sinceridad. Pero James estaba triste, mirándose con ojos velados como por la sombra de un secreto pensamiento.

Tal vez sintiera ya marcharse tan lejos a continuar o rehacer su vida, acaso para no ver nunca más su bella Escocia montañosa y selvática. ¡Oh, los antipatriotas del porvenir! Supriman en buen hora las fronteras, proclamen en buen hora la confederación universal y la unión de los pueblos todos de la tierra; pero no podrán nunca destruir aquel sentimiento suave y acariciador que hace latir más fuerte y más aprisa el corazón y humedece los ojos del que, al volver al lugar donde nació, oye de nuevo hablar la dulce lengua que, entre mimos y besos, aprendió en las rodillas maternas.

—¡Bologna, Bologna!—gritaban a lo largo del convoy que se había detenido debajo de un negro y amplio cobertizo.

Media hora de parada. Los amigos debían seguir viaje a Brindisi en el mismo tren; yo, en cambio, allí tenía que tomar el directo para Nápoles.

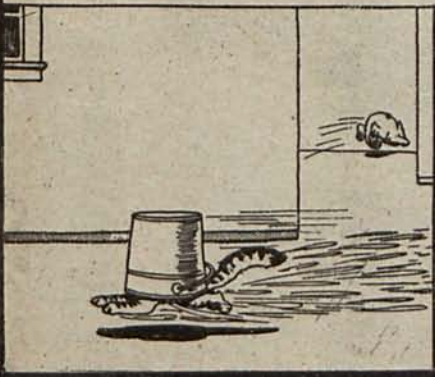
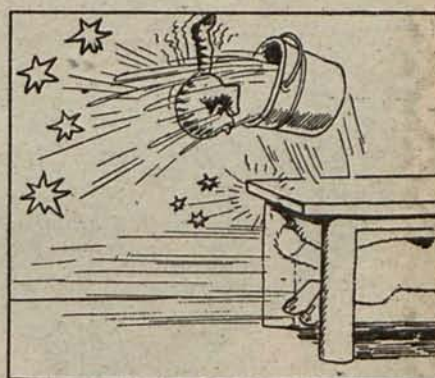
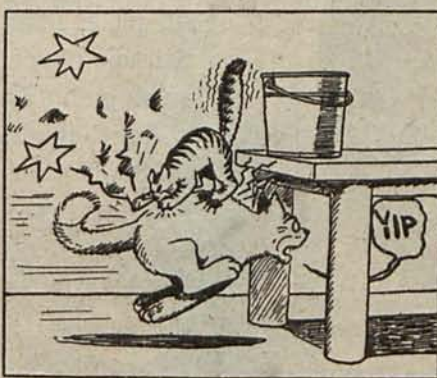
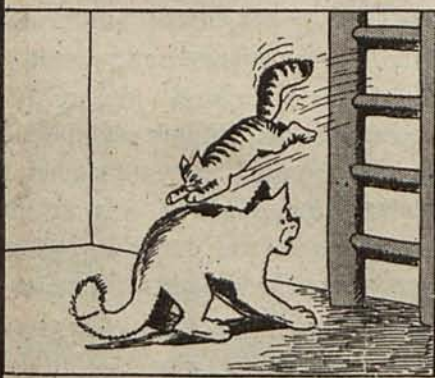
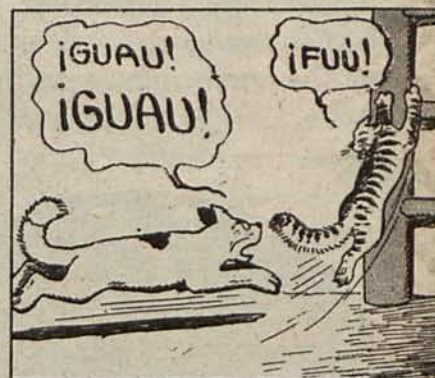
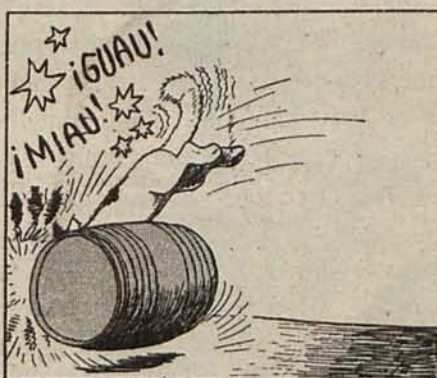
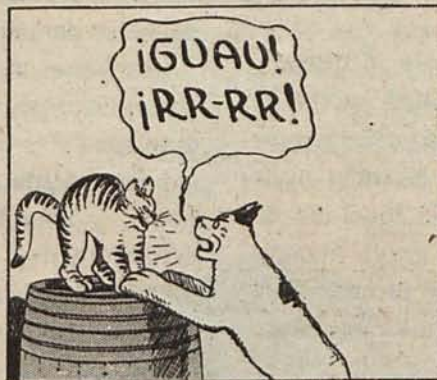
Cambiamos una vez más las últimas recomendaciones, las últimas advertencias, los últimos consejos. En el instante de separarnos, después de las lentas y laboriosas sesiones, en que punto por punto habíamos considerado todos los eventos imaginables, y examinado con penetración, con intuición sutil y profunda todos los datos ciertos que nos eran conocidos; después de todo ese trabajo de inducciones, de preparación activa y diligente; en el momento de lanzarnos por diversas vías en pos de un mismo ideal, parecíanos aun no haberlo establecido todo con suficiente previsión, no habernos entendido perfectamente en todo, tener aun que dar y que pedir explicaciones, aclaraciones y noticias. Pero ya roncós gritos y agudos sonos de trompeta anunciaban la próxima partida. Yo repetía una vez más a los amigos las postreras preguntas y las definitivas exhortaciones.

—Y ¿en caso que tener que comunicaros noticias mías con urgencia?...—pregunté finalmente.

(Continuará en el próximo número)

ANITA

BUEN-CORAZON



UN DRAMA

EN EL AIRE

POR E. ALGAR



Damao, la pequeña y graciosa ciudad, capital de la minúscula posesión portuguesa de la India occidental, bullía aquel día en

plena efervescencia como si algún grave acontecimiento hubiera alterado de improviso la envidiable tranquilidad de sus habitantes, sosegados y fatalistas.

Grandes oleadas de gente se desbordaban por la playa empujándose y apiñándose en medio de un griterío ensordecedor, mientras los balcones de las casas se llenaban de curiosos y los pilluelos, no menos atrevidos que los de Europa, gateaban por árboles y

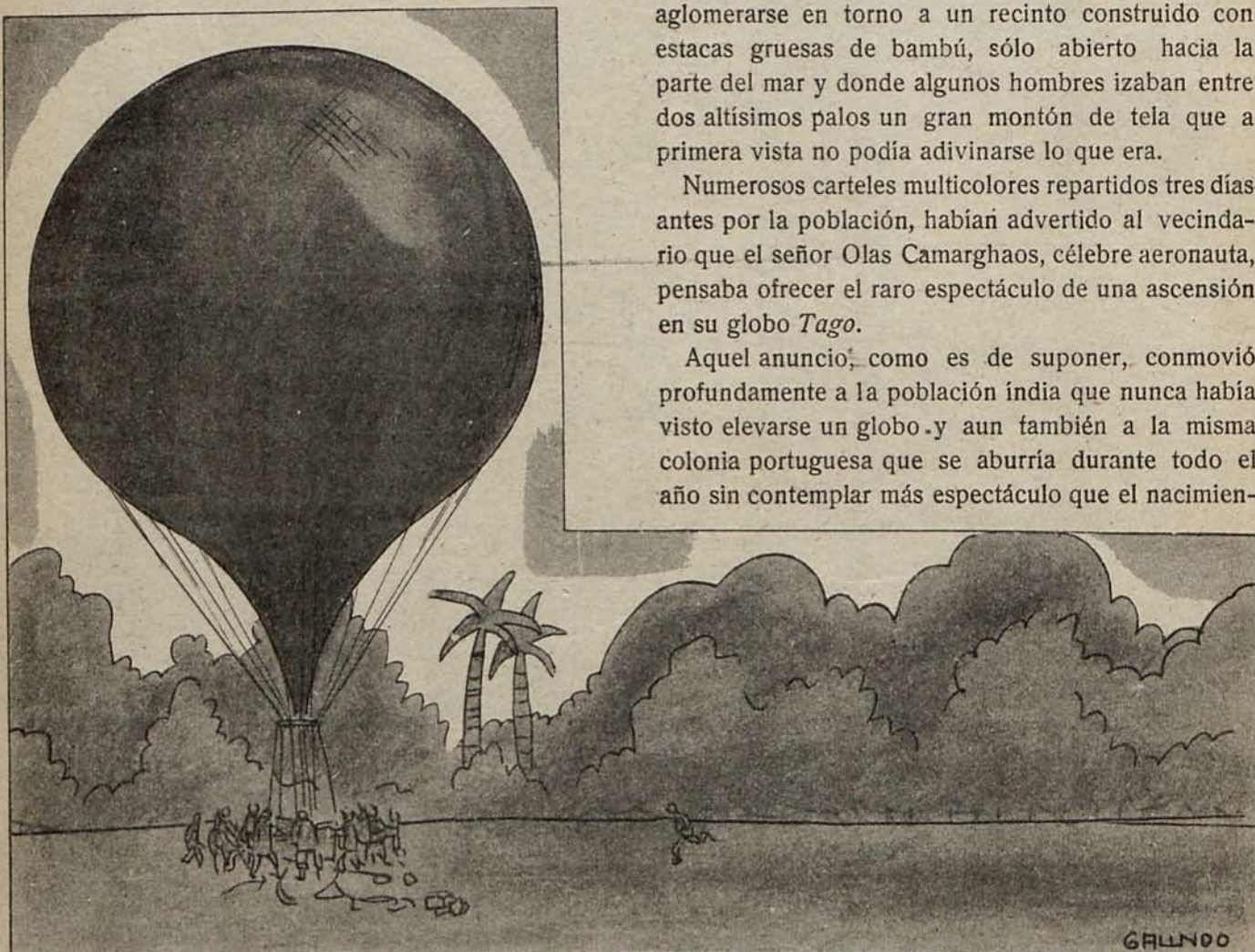
palmeras para montarse a horcajadas sobre sus ramas.

Los jeques de las tribus con sus amplios albornoces y sus turbantes inmensos y polícromos que encuadran sus caras barbudas y grandotas: los parsis con sus altos feces cónicos de fieltro negro y holgadas hopas y blancos rostros de regularidad y belleza extraordinarias: la plebe semi desnuda, musculosa, de color bronceado, entre ella muchos naturales de Bombay con ojos de fuego, delgados, esbeltos y ágiles, más negros que bronceados y apenas vestidos con un trozo de tela de color indefinible, todos se apretujaban por entre las callejuelas y pugnaban por llegar los primeros a la playa.

Toda aquella marea humana iba a comprimirse y aglomerarse en torno a un recinto construido con estacas gruesas de bambú, sólo abierto hacia la parte del mar y donde algunos hombres izaban entre dos altísimos palos un gran montón de tela que a primera vista no podía adivinarse lo que era.

Numerosos carteles multicolores repartidos tres días antes por la población, habían advertido al vecindario que el señor Olas Camarghaos, célebre aeronauta, pensaba ofrecer el raro espectáculo de una ascensión en su globo *Tago*.

Aquel anuncio, como es de suponer, conmovió profundamente a la población india que nunca había visto elevarse un globo y aun también a la misma colonia portuguesa que se aburría durante todo el año sin contemplar más espectáculo que el nacimien-



GALLINDO



to y puesta del sol, bello sí, pero desprovisto de la emoción que aquel otro les prometía. De dónde pudo venir aquel célebre aeronauta, es cosa que nadie pudo averiguar ni tampoco nadie había oído hablar nada de él, antes de esta ocasión.

Pero en realidad ¿qué importaba saber su procedencia?

El señor Camarghaos, célebre o no, había llegado con un globo, había construido su recinto donde instaló todos los aparatos necesarios para la fabricación del gas y para colmo había prometido elevar consigo a cualquier persona que quisiera hacerle compañía en el arriesgado viaje.

¿Qué más se podía exigir?

Hasta aquel momento no se había presentado aún nadie.

Sólo en el último instante un joven oficial de la guarnición anunció al aeronauta que deseaba acompañarle.

Ello fué motivo para aumentar el interés y la curiosidad de la población que acudió en masa en torno al recinto ocupando toda la extensa playa que se extiende entre los dos fortines de defensa del puerto.

Los preparativos se hacían con gran cuidado y esmero.

El señor Camarghaos deseaba aprovechar el viento favorable que soplaba de levante a poniente algo orientado hacia el N. para tomar tierra en Diu otra pequeña posesión portuguesa en la costa meridional de la península de Kathiamar.

Se trataba pues de una travesía de unos cuatrocientos o quinientos kilómetros que el aeronauta pensaba terminar en unas diez horas.

El *Tago* no tenía mal aspecto.

Desde luego no era un globo nuevo, pero sus dimensiones eran notables, su forma perfecta, estaba dotado de redes solidísimas y una barquilla suficientemente grande para contener al aeronauta, a su acompañante y además el lastre y las provisiones.

podría reanudar su vida normal, además, aseguraba que no ocurriría ninguna desgracia y que todo se haría con toda normalidad.

Al grito de «¡Vámonos!» lanzado por el joven oficial se internó en el recinto saludado por las aclamaciones entusiastas del muchedumbre y los ¡hurra! de sus compañeros.

guarnición que vitoreaban a su querido amigo.

Este era un guapo mozo, moreno, bien plantado, que había dado pruebas en la última insurrección de los indios de un valor temerario y era por ello muy querido de todo el elemento militar y civil.

La idea de una ascensión en globo, le cautivó desde un principio y nunca pasó por su imaginación el pensamiento de que aquel viaje pudiera tener un fin funesto.

Así pues no tuvo inconveniente en ponerse de acuerdo con el aeronauta quien se mostraba a su vez orgulloso de llevar como acompañante a un oficial portugués de tan renombrada temeridad.

El *Tago*, ya hinchado casi por completo se balanceaba majestuosamente pronto a emprender el vuelo.

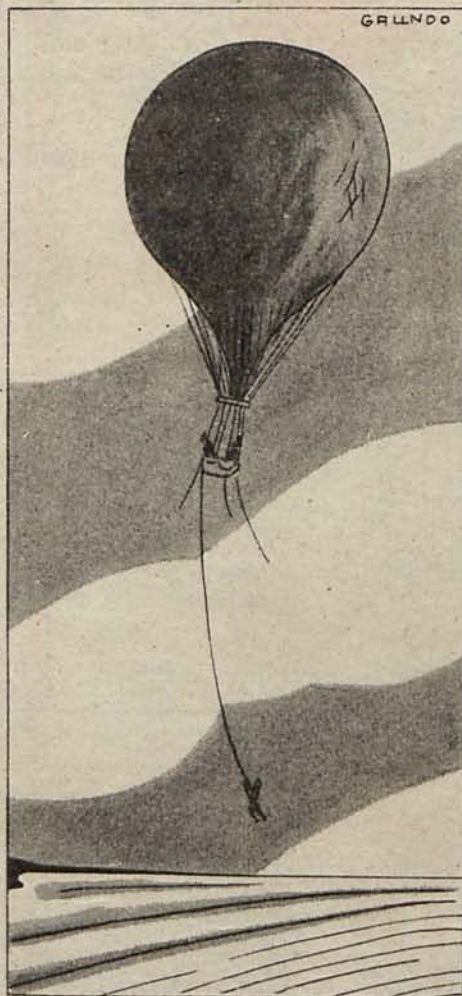
Los hombres que lo servían a duras penas lograban retenerlo, pues su fuerza ascensional era mucha.

El señor Camarghaos, ébrio de orgullo, con la mirada encendida se puso en su puesto de la barquilla, y miraba casi con desprecio a la muchedumbre que le aclamaba y aplaudía incesantemente.

Era un verdadero tipo aquel aeronauta.

Alto, delgado y seco, como una sardina arenque, casi calvo, rala barbilla de chivo y dos ojillos grises que de vez en cuando se iluminaban, con un fulgor imprevisto.

(Continuará en el próximo número)





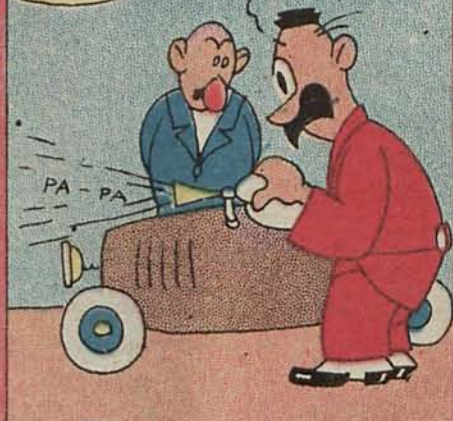
SEIS
UN UNA
EN EL PI-
EL GUADA-



SE ACABÓ ESTO DE LLEGAR TARDE A TODAS
PARTES. AHORA MISMO ME VOY A COM-
PRAR UN AUTOMÓVIL. LOS HOMBRES DE
NEGOCIOS NECESITAMOS VELOCIDAD,
MUCHA VELOCIDAD



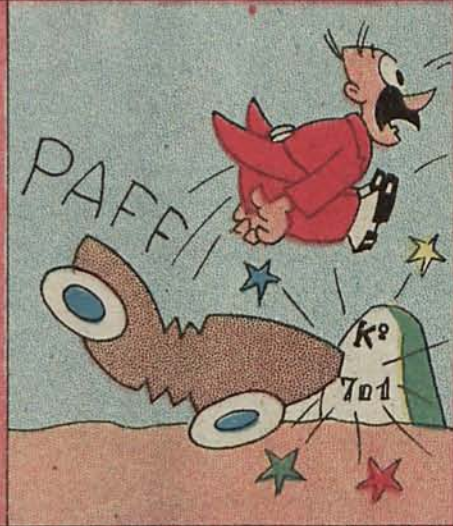
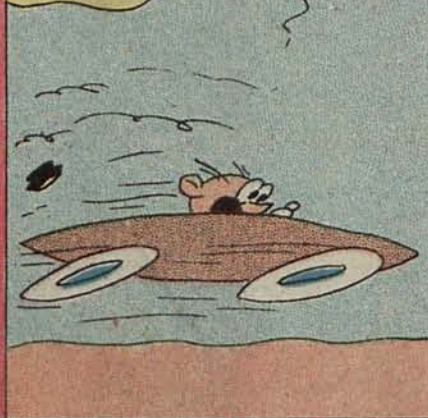
SI, SEÑOR, ME GUSTA, PERO LO PREFERI-
RIA DE ESOS QUE DICEN PA-PA Y
MA-MA



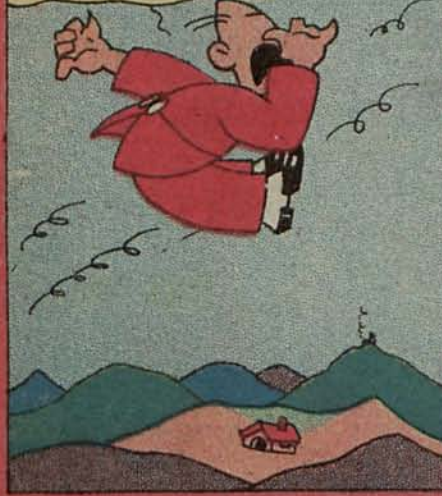
¡COLOSAL! ANTES DE UN CENTÍME-
TRO DE SEGUNDO ESTÁ UN SERVIDO-
RITO JUNTO A LA CAZUELA DE LA
PAELLA



RRRRRRRRRRR.....
CUARENTA Y TRES MIL TRECECIE-
TOS KILÓMETROS Y UN PALMO POR
SEGUNDO



¿IRÉ BIEN POR AQUÍ?

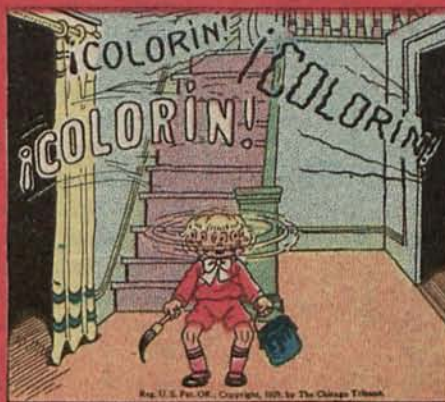


YA ME DA EN LA NARIZ EL
OLORCILLO DE LOS RABANI-
TOS





COLORÍN y su PANDILLA



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1939, by The Chicago Tribune

BANNER

CUENTOS DE CALLEJA

POR UN PELO

Castillo



ERA un pueblecito humilde, a orillas del mar. En la época de mi cuento lo componían quince o veinte casuchas de pescadores. El mayor edificio era la iglesia, pobre y pequeña también.

En una de aquellas casuchas vivía un matrimonio no muy bien avenido. Él era de genio áspero, y ella testaruda y terca en demasía.

El día de mi cuento, Francisca, que tal era el nombre de la mujer, puso sobre la mesa unas sopas de ajo que oían a gloria, y que por el olfato alegraron el cuerpo del tío Antonio. Sentáronse los esposos a la mesa, y el marido, con aire solemne, como quien se prepara a un banquete suculento, sacó de la cazuela una no pequeña cucharada.

Miró cómo corrían sobre la superficie caldosa las burbujas de aceite frito, y de pronto lanzó una exclamación que hizo dar un bote a la tía Francisca.

—¡Un pelo!—dijo enfurecido el marido.

—¿Cómo un pelo, mala sombra? Se te habrá caído de ese bigotazo que me gastas—gritó la mujer.

—Más valdrá que te calles, picarona—gritó el tío Antonio.

—Pues el pelo es tuyo—dijo la tía Francisca.

—Pero si yo soy moreno, y el pelo es rubio, ¿cómo quieres que sea mío?

—Pues es tuyo, y muy tuyo.

—Mira que te voy a romper algo que te duela. Cállate, y reconoce que es tuya la culpa.

—Pues es tuyo, tuyo y retuyo.

—Vaya, se me acabó la paciencia. ¡Toma, por terca, por testaruda y por cochinal!

Y, al decir esto, el tío Antonio blandió su estaca y arreó unos cuantos linternazos a su esposa, que gritaba:

—¡Pues es tuyo, tuyo, tuyo, aunque me mates!

—Pues, no, señor; que es tuyo, que se te ha caído de esa cabezota medio calva.

—Pues no: que es tuyo, tío bigotazos, que se te está cayendo el pelo de borracho que eres.

—¿Yo borracho, cuando no pruebo el vino?

—No lo pruebas, porque sólo bebes aguardiente.

—¡Pues toma aguardiente!

Y, enarbolando de nuevo el garrote, propinó el tío Antonio a su esposa una lluvia de golpes que sonaban como una im-

ponente granizada. La tía Francisca, huyendo de aquella nube, salió a la calle dando alaridos, y detrás de ella marchaba el tío Antonio dándole brutales estacazos. Así recorrieron todo el pueblo, ella, erre que erre, y él, dale que dale. ¡Qué brutos! ¿verdad?

La mujer del estanquero, que oyó la gresca, dijo a su marido:

—¿Has visto la infamia que hace el tío Antonio con su esposa?

—Y ella, ¿por qué es tan terca?—dijo el estanquero.

—Porque el pelo es del marido, sin duda alguna.

—Mira—dijo el hombre,—no te metas en lo que no te importa.

—Todos los hombres, sois iguales. El pelo es de él, y tan criminal eres tú como el tío Antonio.

—Mira que te voy a solfear. Ten quieta la lengua.

—¡De él, de él!—exclamó irritada la estanquera.

—¡De ella, de ella!—gritó el estanquero.

—¡Pues, sí!

—¡Pues, no!

El estanquero era otro bárbaro; y agarrando una vara de medir, comenzó a morderle las costillas a su esposa, que salió gritando por todo el pueblo:

—¡Infame! ¡Es de él!

—¡Cochinal! ¡Es de ella!—gritaba el del estanco mientras la golpeaba.

Lo mismo pasó con los matrimonios de las casas inmediatas, y, por último, todas las mujeres de la aldea sostuvieron que el pelo era del tío Antonio, y todos los hombres que era de la tía Paca.

Tal zambra se armó, y tales fueron la gresca y el alboroto, que nadie se entendía. Pero, por encima del barullo de palos, se oía gritar a las mujeres:

—¡De él! ¡De él!

Y a los hombres:

—¡De ella! ¡De ella!

Por fin, el cura del lugar consiguió poner paz entre sus feligreses, no sin gran trabajo; porque, cuando recomendaba a las mujeres prudencia, decían éstas:

—Señor cura, tiene usted razón; pero que conste que era de él.

Al cabo volvió cada matrimonio a su casa; y, cuando se curaron los cardenales de la jornada, nadie volvió a acordarse





de lo sucedido. Pasó así un año en la mayor de las calmas, hasta que llegó un día en que ocurrió lo siguiente:

Sentábanse a la mesa el tío Antonio y su mujer, cuando dijo ésta:

—¿A que no sabes de qué me estoy acordando?

—Tú dirás, Paca.

—De que hace justamente un año, tal día como hoy, comimos sopas de ajo, y...

—Sí; y encontré un pelo—interrumpió el tío Antonio.

—Por cierto, tuyo—añadió la tía Paca.

—Pero ¿aun no te has convencido de que era tuyo? ¿Tengo yo en el bigote pelos de dos palmos?

—Los tendrás como quieras, pero el pelo era tuyo.

—Vaya, que quieres que me siente mal el almuerzo. Come y calla, y se acabó.

—Pero si era tuyo, ¿por qué lo has de negar?—insistió la mujer.

—Paca, ten cuidado, que ya me estás aburriendo extraordinariamente—gruñó el hombre.

—Pues era tuyo.

—Pues no era mío.

Y tan agria se puso la cuestión, y tan terca era ella y tan bruto era él, que se reprodujo la escena del año anterior. El tío Antonio la emprendió otra vez a palos con su mujer y su mujer salió gritando y manteniendo su porfía.

Como antaño, la estanquera volvió a salir en defensa de la tía Paca, y el estanquero a la del tío Antonio; y hubo tales palabras, que llegaron a las manos con la misma furia que los interesados.

Por fin, el pueblo en masa se volvió a poner en movimiento y ya no se oían más que bofetadas y estacazos, y a las mujeres que gritaban:

—¡Es de él, es de él!

De nuevo el cura tuvo que mediar, y el médico que intervenir, para poner paz en los ánimos y soldar algunas costillas rotas en la refriega, y curar no pocos arañazos con que las

mujeres más bravas señalaron a los hombres.

Pero ya en el pueblo no había tranquilidad. Los hombres y las mujeres se miraban con recelo, y era de temer que un día u otro volviera a comenzar la apaleadura.

Por entonces llegó a la aldea un joven muy listo que comerciaba en pescado, y que venía a comprarlo al pueblo. Enteráronle de lo que pasaba, y entonces el joven congregó a todos los habi-

tantes del lugar en la plaza, y les habló de esta manera:

—Sé que por la aparición de un pelo en unas sopas de ajo habéis perdido la paz de la familia, y yo quiero que la recobréis. La causa del disgusto es no saber a ciencia cierta si el pelo era del tío Antonio o de la tía Paca.

—¡Era del tío Antonio!—gritaron las mujeres.

—¡Callad, os digo!

—exclamó el comerciante.—No era de él.

—¿Lo véis?—dijeron ellos.

—¡Fuera, fuera!—gritaron ellas llenas de coraje.

—Pero tampoco era de ella—añadió el orador.

—¡Bravo, bravo!—gritaron todos.

—Pues ¿de quién era entonces?

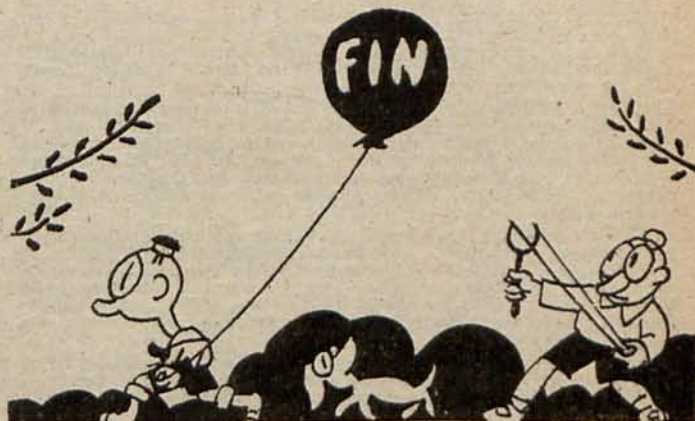
—Era mío, que me estaba recortando la barba junto a la ventana de la cocina mientras la tía Francisca guisaba aquellas célebres sopas que tanto ruido y tantísimas descalabraduras han causado.

—Pero, en fin, ¡era de hombre!—gritaron las mujeres.

—Vaya, pues no hay más remedio que darles la razón—dijo el comerciante—con tal que haya paz y sosiego.

Por un pelo, podría decirse, estuvo a punto de perderse un pueblo con sus vecinos y todo; lo cual prueba que en la vida las causas más pequeñas pueden producir los más grandes efectos.

Esto último es verdad; pero lo otro, no. Aquel pueblo no estuvo a punto de perderse «por un pelo», sino por estar medio salvajes sus moradores. Mantener por tozudez una sinrazón, es necedad e ignorancia. Dirimir las cuestiones a estacazos es impropio de seres racionales y no se hace sino en pueblos a medio civilizar.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿De qué vamos a hablar hoy, curioso Chonón?
—Si te parece, dedicaremos nuestra charla al búfalo.
—Me parece bien.

Los búfalos son bueyes de gran tamaño.

Su aspecto es feo. Las patas cortas, gruesas y muy robustas.

La cabeza es ancha y está dotada de dos gruesos cuernos que arrancan de la parte posterior del cráneo. Tienen ojos de mirada inexpresiva, orejas grandes y con mechones de abundante pelo. Es animal que habita en África, con preferencia en la región de Cafrería, donde se ofrecen los ejemplares más fuertes, más pesados y más salvajes.

—He oído decir que los búfalos son muy tímidos y no acometen al hombre.

—Según los casos. Desde luego no creas en la timidez de estos animales.

Más bien debe decirse que son prudentes y esta facultad es la que les hace ponerse en fuga cuando el hombre se aproxima a ellos, pero si se ven en un caso comprometido se defienden con desesperación, ciegamente, sin hacer caso del peligro de las armas de sus enemigos. Los búfalos que viven solitarios, por haber sido expulsados de los rebaños por sus compañeros, son los más temibles.

—Quieres decirme que estos ya no son prudentes.

—No lo son, desde luego. Todos los animales, o casi todos, huyen del hombre, salvo en los casos de estar heridos o acosados, pero los búfalos solitarios esperan en acecho el paso de un hombre y se lanzan impetuosamente sobre él sin dar tiempo a provocación ninguna.

—Y embestirá con los cuernos lo mismo que los toros.

Los cuernos son su arma ofensiva. Cuando tiene delante una víctima, fija en ella su maligna mirada de modo penetrante, se abalanza sobre ella, la ensarta con sus robustos cuernos, la lanza al aire, y no contento con darle muerte la pisotea y la destroza a cornadas.

Su instinto es tan feroz que muchas veces, después de haber dado muerte a su víctima y haberse ya alejado un buen trecho, vuelve otra vez al sitio donde yace ésta, y renueva las acometidas y desahogos de su cólera.

—Con esta recomendación que acabas de hacerme no sería yo quien me metiese a cazador de búfalos.

—Ni yo te dejaría afrontar semejante aventura.

—Pues si esto hace un búfalo solo, será mucho más terrible el encuentro con un rebaño de estas fieras.

—No lo creas. Aunque parece cosa rara, no acometen cuando viven en manadas.

Al revés, si ven que se acerca a ellos un cazador huyen a la desbandada.

El búfalo es animal muy sociable llegando a formar rebaños de 600 y 800.

Vive con preferencia en las llanuras y elige siempre su morada, en regiones donde no escasea el agua, pues esta, juntamente con el cieno, parece indispensable a su bienestar; sin embargo, preséntase también en la densa selva virgen casi con tanta frecuencia como en los bosques poco espesos.

Con dificultad abandonan los rebaños, el sitio que han escogido por morada. Cruzan los bosques recorriendo los senderos abiertos por los elefantes y los rinocerontes, o bien se abren camino a través de la espesura, pues no hay obstáculo que no puedan vencer estos robustos animales, que se precipitan con la misma rapidez a lo largo de las peñas más escarpadas, que penetran al través de los más espesos bosques, vadean los más profundos pantanos, y, como todos los de su familia, cruzan a nado y con la mayor facilidad los ríos más caudalosos.

—¿Es fácil la caza del búfalo?

—No es precisamente de las más sencillas.

Los europeos lo persiguen con armas de fuego y los indígenas del África con lanza, o bien se apoderan de él por medio de trampas.

De todas formas se requiere la reunión de varios cazadores, pues para uno solo es empresa muy comprometida y arriesgada.

La pista del búfalo es casi igual que la del toro.

El cazador sigue a estos animales cuando se dirigen por la tarde a la llanura y para herirlo mortalmente es preciso acercarse a él lo más posible y dirigir el tiro contra la frente o la espaldilla.

Si el animal no cae muerto al primer tiro, el compañero debe disparar inmediatamente y así da tiempo a que el primero que hizo fuego pueda volver a cargar y disparar de nuevo.

En ciertas ocasiones, aun el cazador más animoso y práctico en este género de caza puede hallarse verdaderamente apurado.

También emplean los indígenas el procedimiento de los arcos y flechas.

—¿Hay también búfalos en los parques zoológicos?

—No existe ninguna razón para que no los haya.

Otros muchos más fieros que él tienen que someterse a la cautividad de las jaulas.

De todas formas, el búfalo a pesar de su carácter indómito y salvaje, se domestica con bastante facilidad y se obtienen de él rendimientos parecidos a los de los bueyes.

—Dime querido buho, ¿para qué los persiguen los cazadores? ¿Es que su carne puede comerse?

—El búfalo es animal que reporta bastante utilidad.

La piel se curte como la de los demás bóvidos, y es muy apreciada por su finura y gran resistencia; la carne es más sabrosa que la del buey y se emplea principalmente para conserva en lata; los cuernos y las crines tienen también la misma aplicación industrial que la de los toros, bueyes, vacas, etc.

—¿Tú crees que los búfalos podrían ser lidiados como los toros?

—Yo no he creído nunca eso. Este animal acomete dando saltos, agitando la cabeza, coceando, revolviéndose constantemente, y ya comprenderás que en estas condiciones no hay torero, por muy torero que sea, que se le ponga delante.



CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



PAQUITO MOLINA.—La preciosa Iglesia que me has enviado, evoca con inimitable fidelidad toda la tradición castellana.

Eres todo un artista en el fondo, y en la forma. Currinche, Chapete, Don Turu, Morronguis y toda esta familia pinochista, agradecen tus recuerdos y te envían conmigo un afectuosísimo abrazo.

TERESITA PÉREZ BURGOS.—Quiero que deseches ese concepto equivocado que demuestras para mí. ¿Qué es eso de que yo no te he hecho caso?

¿Qué otro deseo, ni qué otra ilusión me anima que la de hacer caso a todos mis buenos amigos? Protesto, protesto y protesto. Tu lindo dibujito saldrá en cuanto le llegue su turno. Y mándame más cosas para demostrarte que yo no merezco que me juzgues tan mal. Abrazos de Pirula, Anita y de tu siempre gran amigo.

ADOLFO CARMONA.—Si señor, soy un valiente. Lo tengo demostrado en mil descomunales batallas que he tenido que librar con el temible Chapete.

Temible por sus traiciones, por su falsedad, por su hipocresía. Ya comprenderás que con este temple de mi carne de madera no me ha dado ni tanto así de miedo tu dibujo. Al revés, me ha regocijado mucho y se publicará en cuanto llegue su turno. Toda la familia Pinochista corresponde a tus recuerdos con un formidable abrazo.

JUAN BOFILL.—He bajado por las terribles cuestras de los renglones de tu carta; menos mal que todas son cuestras abajo y no me he cansado ni pizca.

El dibujo que adjuntabas a tu garabatesca carta es lindo, a pesar de ser «un monstruo». Recibe apretados abrazos de tu incondicional amigo.

JUAN ROCA, - MANOLITO HERRERO, - A. M. PONS, - J. DAURIA, ELVINO TOMÉ, - M. MORALES, - PETRA JORDÁN, - EUGENIO BARROSO - JUAN FERRER y ALFREDO ORTIZ.—Todos vuestros trabajos son magníficos y me han gustado extraordinariamente, pero no puedo publicarlos, bien en contra de mi voluntad, por la razón, tantísimas veces repetida en mi revista.

Los dibujos hechos a lápiz no pueden publicarse porque el procedimiento técnico no admite su reproducción.

Hay que hacerlos con tinta.

El remedio es bien sencillo ¿no os parece así, queridísimos amigos?

Vuestro siempre,

Pinocha

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MAYO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Pinocho y Pirula.
Inés Jaraquemada - 11 años



Currincho pollo para
P. L. T.



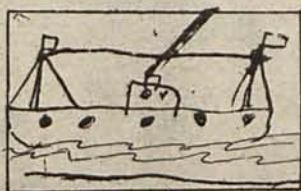
Retratos
Andrés Ruiz de la Rosa



Pinocho toma el té.
Ramón Jaraquemada



Cid Campeador.
Joaquín Rucoba



Un barco.-Ricardo de Alcázar



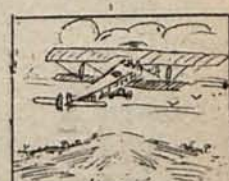
Auto de Pinocho - Luis B.



Pirula
Joaquín Jaraquemada



Una condesa
J. B. de Urrutia



Un buen vuelo - Ramón Ballón



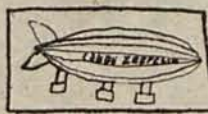
Pinocho
José M. de Paig - Kamper.



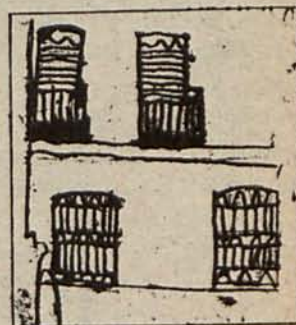
Idilio - M. López Flores



Un buen pase. - D. Pérez.



Conde Zeppelin
Ramón Jaraquemada



Mi casa. - José González



Paisaje. - K. Hilla.



Mateo de la osa - S. Gallego



Un Sábado
Fernando M. Esquivroz



En las pampas
Manolo Sánchez



Mala cara
Paco Pino



Un fantoche
Andrés Ruiz de la Rosa



Modernista
Inés Jaraquemada



Pinocho pollo para
Adelina L. R.



Un guerrero negro
J. M. M. Sagone



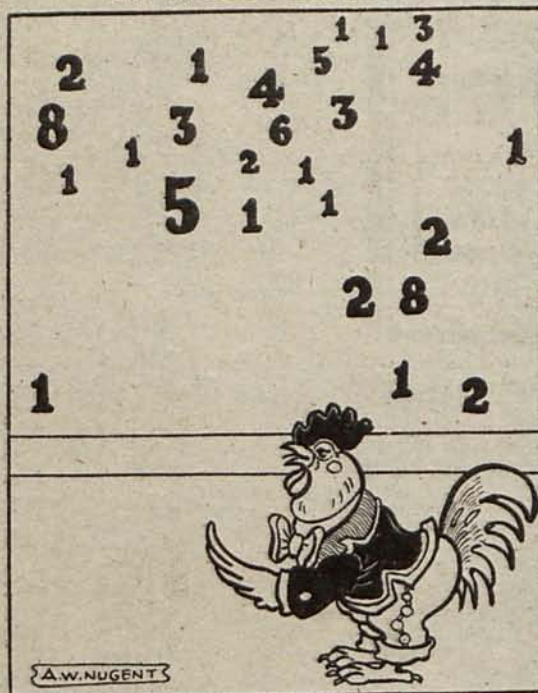
Pinocho futbolista.
Jon Iñaki Gomeza.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

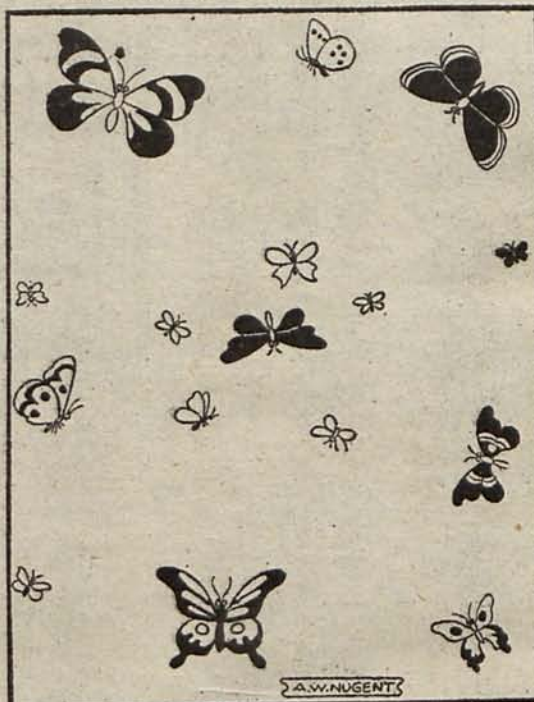
EL GALLO MALDITO

¿Por qué está tan pensativo este gallo? Sencillamente porque le han dicho que tiene que dividir el dibujo en siete partes con el menor número posible de rayas, de forma que la suma de las cifras de cada parte sea siempre diez.



LAS MARIPOSAS ASTUTAS

Se trata de aislar a cada astuta mariposa de las demás trazando el menor número posible de rayas. ¿Cuántas hay que trazar?



EL GUARDIA DE LA PORRA

Este guardia de la porra mira con atención porque un gallo y dos patos se están burlando de él y no los vé por más esfuerzos que hace.

¿Podéis decirle vosotros, ¡oh, jóvenes amables!, dónde se encuentran los susodichos animalitos?



SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

LAS CABRAS



Dibujo con errores
número 203

- 1.- Le falta un cordón al cuadro.
- 2.- La niña tiene el pelo de dos colores.
- 3.- A medio cuello le falta el respaldito.
- 4.- A una manga también.
- 5.- El pico de la sartén está torcido.
- 6.- Le falta un palo al respaldo de la silla.
- 7.- Le falta una pua al tenedor.
- 8.- Falta agujeros en el colador.

LOS ZORROS



LOS PERROS CAZADORES



Dibujo con errores
número 206

- 1.- Le falta una rueda al cochecillo.
- 2.- Le falta un palo a la silla en un brazo.
- 3.- En las patas hay un brazo torcido.
- 4.- La ena del dado está al revés.
- 5.- Los botones del chico son diferentes.
- 6.- La capota está torcida.
- 7.- El guía del cochecillo está incompleto.

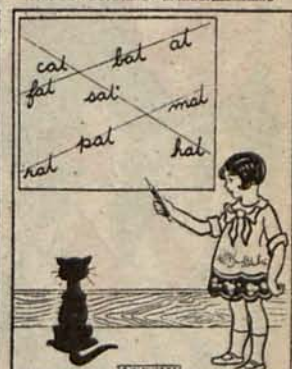
Dibujo con errores
número 207

- 1.- Está mal el reflejo del agua en el cuadro.
- 2.- Le falta un cordón al cuadro.
- 3.- El pico del cazo no está en su sitio.
- 4.- Le falta una pata al mueble.
- 5.- Una manga del chico es distinta de la otra.

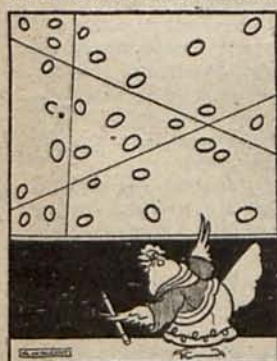
LAS ISLAS



LAS ELES FATALES



Los Huevos de la Gallina



LOS LOROS



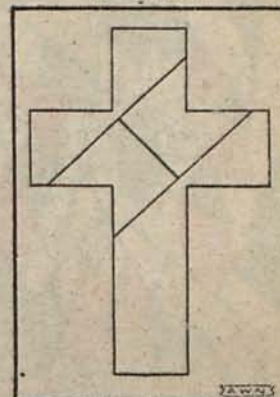
EL DESCUARTIZAMIENTO



LAS ESTRELLAS



LA CRUZ



Sección Pirula



Una manera de pintar, extraordinaria

Hablábamos el domingo último de las angustias de mi amiguita Chichi, porque quería bordar sin saber bordar.

Con gran alegría, me he enterado de que gracias a la facilidad de mi motivo de florecillas silvestres, Chichi es ya feliz; está entretenidísima, realizando labores preciosas, sin haber tenido que hacer para ello un aprendizaje ni muy largo ni muy penoso, que digamos.

Pues bien, esas angustias de Chichi-Charito-Rosarito-Rosario, no son nada comparadas con las de mi otra Pirulinda, Nena.

(Esto de Nena, os advierto que nada tiene que ver con su nombre que es Lucía; pero Nena la llaman desde que ha nacido y creo que seguirán llamándola así toda su vida, aun cuando llegase a verse retratada en *La Voz*, a título de centenaria).

El caso de Nena era distinto al de Chichi; ella no es una «peque»; los doce no los cumple ya; y para cumplir los trece solo le faltan once meses y unos días.

Bordar, sabe como la que más, y hace primores lo mismo a punto de Richelleu, que a la inglesa, al pasado o al festón.

Pero aunque borde con tanto placer como habilidad, lo que la entusiasma a ella no son las labores de aguja, sino la pintura.

Pensaréis que ocasiones de pintar no le faltarán, y con sólo leer la «Sección Pirula», ya tiene algunos modelos e ideas de decoración que no son (aunque me esté mal el decirlo) peores que... otros que sean menos buenos.

Aun no hace muchas semanas, hablamos de ciertos platos pintados que sin duda no se os habrán olvidado.

Sí, pero... (hay un pero y es terrible) a Nena le gusta pintar, pero... pero no sabe, ni lleva camino de aprender nunca.

Ha probado ya infinidad de veces y ¡qué cosas le salen, Dios santo!

Pase porque convierta sus dedos, su cara, su delantal, y cuantos muebles y objetos estén a su alcance, en otras tantas paletas embadurnadas de mil colores.

Pero lo que es difícil pasar es por las obras de arte que realiza tan extraña decoradora.

No os digo más, sino que un día que se empeñó en dibujar copiado precisamente de esta «Sección»—un cochinillo, le salió una especie de botijo con cabeza de aguja. En cuanto a sus flores, se confunden de una manera pasmosa ora con sandías, ora con manos humanas deformadas por sabañones.

Tan pocas disposiciones y tanta afición tiene Nena para la pintura, que en el colegio, en la clase de dibujo, siempre logra las mejores notas en cuanto a la aplicación, y las peores en cuanto a los resultados.

(Esto os asombrará seguramente, porque sabéis muy bien que los resultados van siempre de acuerdo con la voluntad, y el que se empeña en

aprender una cosa, llega infaliblemente a hacerla muy bien. Tenéis razón, pero es que el caso de Nena es excepcional, único; yo no he conocido otro semejante en mi vida de muñeca, ni creo que pueda existir).

En fin, que esto de que Nena quiera pintar es algo así como si un elefante quisiese ejecutar un triple salto mortal, o como si un grillo se propusiese cantar el aria de «La Africana».

Pues bien, no; Nena tiene razón al empeñarse en pintar, porque puede hacerlo; y no necesita para ello ni saber dibujar, ni utilizar colores de ninguna clase.

Se trata de un procedimiento semejante al del huevo de Colón; es decir que es sencillísimo, pero había que inventarlo.

Ciertamente que Nena no va a «quitarle moños» a Velázquez; pero desde luego va a poder decorar cacharros con tanto arte que hagan buenísima figura en cualquier salón.

El procedimiento, os lo diré en pocas palabras; necesitáis primero el cacharro, que será naturalmente de los más ordinarios, de esos de barro cocido que se venden en los mercados de los pueblos: jarrón, palangana, botijo, etc. Luego, un frasco de goma líquida con su correspondiente pincel; un poco de barniz de goma laca; un par de tijeras y... unas cuantas cubiertas de revistas ilustradas.

Las cubiertas serán de *La Esfera*, de *Blanco y Negro*, de *Cosmópolis* y publicaciones similares españolas o extranjeras. Cuantos más colores tengan, mejor.

Las cubiertas se cortan en trozos regulares, de forma geométrica, con preferencia triangular. Para que os salgan todos iguales (pero esto no es indispensable) dobláis unas cuantas, trazáis un triángulo sobre la de encima y cortáis infinidad de trozos de una vez.

Os aconsejo (y habla por mi pluma la prudencia maternal) que no utilicéis tijeras delicadas; si no las tenéis expreso para cortar papel, o sea grandes o fuertes, están indicadas para el caso las que se tienen en la cocina para limpiar el pescado.

Ya, todo preparado, no tenéis más que pegar (sin orden alguno) los trozos multicolores sobre el cacharro y pasar luego por encima una capa de barniz. El efecto de esta obra decorativa no me es posible explicároslo, básteos con saber que es precioso, originalísimo, alegre, y que imita tan perfectamente una pintura modernista que «da el pego» al más pintado.



6 ALUNDO